gencias, daremos permiso á la imaginación para que ella se represente sucesos que, en realidad de verdad, no pueden acontecer. Adorando, pues, la justicia inapelable de Dios, que puso á los buenos en la gloria junto á El y á los malos en el infierno lejos de El, en donde no le viesen la divina faz, que es la suma de todos los bienes, y á los que tienen que limpiar y purificar su alma, en el purgatorio; yo veo con los ojos de la imaginación que se abren los cielos y que uno de los bienaventurados para quien ya han sido esclarecidos todos los misterios y que ha gozado de las delicias de aquel soberano bien y de aquella visión beatífica de la Santísima Trinidad, es arrancado de aquel lugar adonde le llevaron las leyes del amor, como las leyes de la gravitación inclinan la piedra suelta en el aire, hacia su centro, que es la tierra. Es arrancado, digo, de aquel lugar y arrastrado á las regiones del purgatorio, adonde vive la esperanza de la posesión de Dios, pero no se manifiesta el mismo Dios, siendo ésta la pena principal, que allí las ánimas reciben. Yo veo aquel bienaventurado apenado y dolorido, como el hueso de nuestro cuerpo que estuviera fuera de su lugar; yo lo veo ir de acá para allá en busca de su amor, lanzarse entre las llamas que purifican, sin recibir de éstas lesión alguna, por ser mucho más intenso el fuego de su amor, que él lleva dentro de sí; yo le escucho quejarse, como á Santa Teresa en esta vida, cuando Dios aparentemente la abandonaba, y decir con palabras tristes y enamoradas: *Creo, Señor, que si fuera posible esconderme yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me tenéis que no lo sufriríades.* Yo lo veo, por el dolor de la ausencia, derramar lágrimas tristes, más amargas que todas las que se vierten en aquellos lugares, y aún me parece que no hay punto de comparación entre la pena de aquella alma bienaventurada, separada de Dios, y el dolor de María en la tierra separada de su Hijo muerto y sepultado por los crímenes de los hombres. Por-

que si por amor es, María ama á Dios más que todos los serafines; si por la comprensión de los misterios, María es, digámoslo así, el Tabernáculo viviente, donde Dios depositó todos los misterios, sin sombras para María; y si por el gozo del bien poseído, ¿quién negará que las miradas de infinito amor con que Jesús miró á su Madre en la tierra no tienen punto de comparación, y encerrarían para su Madre más dulzura que aquélla con que son recreados los espíritus en el cielo?

La soledad, pues, de María por la muerte del Dios hombre, como excede á toda humana comparación, no puede hallar consuelo en la tierra. *Et sustinui qui simul mecum contristaretur et non fuit et qui consolaretur et non inveni.* Y esperé que alguno se entristeciese conmigo, y no lo hubo; y quien me consolase, y no lo hallé. Ha muerto Jesús, y María, la hermosa Nazarena, está angustiada como lirio marchito del Carmelo; ha muerto su amado y está la Virgen de Sión tan abismada en sus pesares, que parece un cuerpo sin vida, una estatua inerte, que representa el dolor; ha muerto, en fin, su Dios, y María está triste como el espacio vacío y solitario, por donde no cruzan las aves y en donde no brillan los astros.

Pero el dolor no deja á su alma mucho tiempo en sosiego; miradla cómo levanta la frente al cielo y las nubes se abren, como para dar paso á las miradas de sus ojos. ¡Mi Hijo!, exclama, pidiendo á Jehová misericordia; un relámpago brilla, describiendo rojizos ángulos, por encima del Calvario. María lo ve y corre hacia aquel lugar, como cierva herida á la fuente de las aguas.

¿Qué visión del cielo es aquella que hay en la cima, que los brazos tiene abiertos y en los que María parece que se va á precipitar? ¡Ah!, no es su Hijo. Es la Cruz, es el cruel madero donde ha sido inmolado el Hijo de su corazón. La luz indecisa del astro de la noche aumenta su volumen, alzándola en la cima. Ya no pende de ella la Víctima divina sacrificada con libérrima voluntad por su

amor á los hombres. Sólo está el altar donde hemos sido redimidos y se ha reconciliado el cielo con la tierra. Ganóse la victoria por Jesús y ya sólo se mira la bandera triunfadora.

María la contempla breves instantes y después cae de rodillas, la abraza con efusión y la adora con toda la ternura de su grande alma. Sobre ella imprime un ósculo de paz y vuelve á quedar sumida en dolorosos y profundos pensamientos.

Entonces ve que allá, en las lejanías indecisas del horizonte, comienzan á surgir negros fantasmas y á cruzar por delante de sus ojos en horrenda y sarcástica procesión. Eran los grandes pecadores de la nueva ley establecida por Jesús, evocados de la nada y vistos en espíritu profético por María. El primero de todos, cruzó Judas, apretando contra su corazón inicuo, con alegría de avaro, las treinta monedas por que vendió á su divino Maestro. Después cruzaron, mirando la Cruz con fieros ojos, los emperadores romanos, que habían de perseguir con crueldad inaudita la Iglesia de Cristo, y á su frente iba Nerón el parricida. Mal velando su orgullo con apariencias de piedad y penitencia, pasó también Arrio, que había de negar que el Hijo de Dios era igual al Padre en todas las cosas, haciendo bambolear la Iglesia en sus cimientos. También cruzó Pelagio, que había de negar el pecado original y la necesidad de la gracia por Jesucristo. Y cruzaron Nestorio y Eutiques, padres los dos de dos grandes herejías contra el dogma de la Encarnación. Y cruzaron Huss y Wiclef, heraldos de la Reforma; y cruzó, con la cabeza erguida por la soberbia, Lutero, que había de negar, uno por uno, cuasi todos los dogmas de la fe; y cruzó Descartes, ángel maldito de la filosofía, capitaneando á Loke y Condillac, á Hume y Berkeley; y cruzaron Spinoza y Kant, Fische, Schelling y Hegel, proclamando diosa á la razón humana y quitando á Dios la providencia; y pasó, en fin, Voltaire, con risa diabólica y

sarcástica, y Renán, enemigo de Cristo; y en pos de ellos, una inmensa turba de arrogantes insensatos y de orgullosos impíos.

Todos estos hombres habían de hollar un día con inmunda planta la sangre de su Hijo vertida en aquella Cruz. ¡Oh!, que esta profética visión le desgarra el alma y le hace sufrir más que todos los dolores, porque la hiere en la parte más sensible de su ser: en su amor divino y en su amor de Madre. ¡Oh angustiada Reina de los mártires!, inmensa es como el mar tu aflicción. Los cielos la contemplan vertiendo lágrimas de fuego, otra vez se desatan y rugen los fieros aquilones, la tierra amaga á volverse á estremecer, y los muertos que dejaron las tumbas, cuando su Hijo expiró, vienen envueltos en sus blancos sudarios á conocer á la más desventurada de las madres, á la más heroica de todas las mujeres. Pero el mismo dolor que María manifiesta en su semblante, los detiene lejos de Ella, su amargura los conmueve, y derramando un lloro helado como el frío de la muerte, se tornan silenciosos á su sepulcros.

Entonces vaga, misteriosa y confusa, se escucha entre el rumor del viento la voz de Jeremías, anunciando el exterminio de Jerusalén por la última de sus maldades; y más lejano, más sordo y desapacible, el ruido belicoso de las fieras cohortes del hijo de Vespasiano; y es que María llora y el mundo se agita y Dios hace escuchar en los aires el terrible acento de su justicia.

Pero el ronco fragor del trueno hace á María recordar de la vida y de nuevo se encuentra en su amarga soledad; no hay uno que la consuele, ni un alma que con la suya sienta, ni unos ojos que con los suyos lloren. *Et sustinui qui simul mecum contristaretur et non fuit et qui consolaretur et non inveni.* María oye á lo lejos, como el ruido lejano de las olas de la mar, los festines del placer, las carcajadas de la orgía, las maldiciones de la desesperación, los gritos del desorden, los suspiros del que ama

más que á Dios á sus criaturas... el clamoreo insensato del mundo fementido, que olvidándose de su fin y rotas todas las trabas de su conciencia, echa por los senderos del vicio, apartándose de Dios y abandonando á su santa Madre. María ve alejarse de sí con pasos ingratos á aquel mancebo, que fué nacido en el seno de la religión y sobre cuya cuna velaron su sueño, de un lado su Madre cristiana, y de otro, el ángel de la guarda, que abiertas las alas sobre su frente, ahuyentó las ideas del mal, que en forma de sueños de color de rosa, vinieron solapadas y engañadoras á anidar en su pensamiento. María ve alejarse de su lado á aquella huérfana, que recogió la caridad cristiana, la adormeció en su seno, la enseñó sus máximas y la echó á andar por el camino de la misericordia. Maria ve alejarse de sí con pasos de locura á aquel ilustre anciano, que dió ejemplos de virtud á sus hijos en mejores días y que ahora, al ser llegada la vejez, se deja avasallar de la tiranía de los vicios. María, en fin, ve alejarse en tan triste hora á sus hijos, que no oyen sus suspiros de dolor, ni miran sus lágrimas correr, ni el heroísmo de la resignación retratado en su semblante. Sola, pues, está, y no hay nadie que la consuele entre todos los hijos que ella redimió con sus amarguras. *Et sustinui, qui consolaretur et non inveni.*

¿Tú estás sola, ¡oh María!? ¿Tú, sin cuya presencia el mundo luengos siglos anduvo solo y apartado de Dios? ¿Tú sola, que eres el regocijo de los ángeles? ¿Tú sola, que eres la cándida nube que nos guía por el desierto de la vida? ¿Tú sola, que nos cercas de ángeles que nos defiendan en el riesgo de la tentación y en el trance de la muerte? ¿Tú sola, palmera que extiendes las ramas convidando con tu sombra á los cansados peregrinos? ¿Tú sola, medicina del enfermo, fuente de aguas vivas, torrente de las gracias del cielo, escudo en la pelea, terror del infierno y dulcísima Madre de misericordia?

Tú estás sola, para que nosotros jamás dejemos de es-

tar acompañados y el mundo guardado por Dios. Tú estás sola, para consumar el sacrificio de tu corazón por nuestra eterna libertad, y para que la Iglesia no deje de estar asistida por el Espíritu Santo. Tú estás sola, para que el niño que nace tenga una mano que lo bautice, y el mozo quien lo confirme en la fe, y el penitente un perdón que lo regenere, y el moribundo un bálsamo que lo aliente, y los que se aman una bendición que santifique su amor, y la tierra un eterno sacerdote, que aplaque las iras del cielo, y el alma desfallecida y hambrienta á Dios mismo por manjar. ¡Bendita seas Tú, ¡oh santa Madre de Dios!, que en la soledad te sacrificas, para conseguirnos la eterna compañía de Dios y de sus ángeles en el cielo! Amén.

A. M. P. I.